IV DOMINGO DE ADVIENTO, CICLO A

SUEÑOS, ENSUEÑOS, RIESGOS, VALENTIA... FELICIDAD

Por Pedrojosé Ynaraja

Para que entendáis el contexto del episodio contado en el evangelio de este domingo, mis queridos jóvenes lectores, es preciso conozcáis las costumbres de aquella cultura. (os advierto que aun hoy, en algunos pueblos siguen vigentes normas semejantes y las estadísticas dicen que el numero de fracasos matrimoniales es inferior al de los que se rigen por las que nos son más comunes. Y no se trata de países tercermundistas, en el Japón también se siguen criterios de estos). Otra advertencia, tema del que ya os he hablado en otras ocasiones. En aquella, como en otras culturas, incluso contemporáneas, no existe la etapa que llamamos adolescencia, tanto en el aspecto biológico como en el espiritual. De la segunda infancia se pasa directamente a la juventud, sin la incómoda "edad del pavo".

La familia se iniciaba con el matrimonio y a este se llegaba del siguiente modo. Iniciada la pubertad femenina, los padres de la joven se preocupaban de encontrarle un buen marido, exactamente como ahora buscan para los hijos buenos colegios, buenas colonias de vacaciones o buenos clubs deportivos. Hablaban entre ellos, procuraban que hubiera afinidad y posibilidades de convivencia. Un día, puestos de acuerdo, se realizaba el encuentro formal y legal (se supone que ya se conocían ellos, por ser de la misma tribu o vecinos de la misma población). En sencilla ceremonia, la pareja se comprometía en matrimonio. Sabían mucho mejor que la mayoría de los nuestros, lo que suponía este estado de vida. Los ejemplos de las matriarcas, la historia de Ana, madre de Samuel, la leyenda de Judit, la fidelidad de Rut, la Moabita, y muchas otras mujeres que en la sinagoga les contaban, eran buenas enseñanzas. También el precioso poema del Cantar, les introducía en el encanto del enamoramiento con sus contenidos eróticos y sentimentales. Continuando viviendo en el domicilio familiar, iban preparando el ajuar, el domicilio, los enseres, mientras tratándose, crecía el aprecio. Trabajar juntos en un mismo proyecto, crea estrechas y profundas uniones personales. Este periodo de transición, podía durar algunos meses, se supone que nunca superaba el año.

Durante este tiempo... María un día recibió de parte de Dios una confidencia que le ofrecía un privilegio, pero que alteraba sus planes de futuro. Se arriesgó y aceptó. De momento nada turbaría la convivencia. Al poco, la visita a Isabel le permitiría compartir misterios divinos e ilusiones, sin que ninguna mirada la inquietase. Llegó la hora de partir y volver a Nazaret. Los signos del embarazo ya no los podía ocultar, eran evidentes. Patentes para José, que primero se extrañaría, después, recapacitando, se enojaría, mas tarde turbaría la visión y relación que mantenía con su esposa. No podía ignorar lo que en ella veía y debía ser consecuente con ello. Tenía dos soluciones, la más legal y trágica era la denuncia, que acarreaba la

sentencia de muerte por lapidación. Siendo norma vigente, no obstante, parece que por lo común, no se acudía a ella, pero recuérdese el episodio de Jesús que nos cuenta el evangelio de Juan (8,3). El otro recurso era el abandono legal. Redactado un documento de repudio, quedaban ambos libres de compromisos personales. Era una salida discreta, pero no por ello menos dolorosa. Suponía prescindir de proyectos y amores iniciales. Os voy a poner un ejemplo actual. Tal vez a alguno de vosotros, mis queridos jóvenes lectores, os ha ocurrido que en los inicios de un enamoramiento, siendo jóvenes e idealistas, empezando a descubrir el goce del amor y sus misterios, un amor casi oculto, ha resultado que una de las familias debe trasladarse a vivir a un lugar lejano e incomunicado. La situación, la distancia que les separará, exige romper los vínculos sentimentales y se siente el corazón sangrar. La posibilidad de que en el futuro pueda encontrase a otro u otra con quien iniciar nuevo enamoramiento, no consuelan, no disminuye el dolor. Todavía no había regalos ni siquiera promesas, no obstante, la frustración duele. Algo así sentiría José.

Que era un buen hombre y, evidentemente, escogió aquello que supusiese menor dolor para su amada. Para Dios esta decisión fue suficiente. Acordaos de Abraham y su disposición a ser fiel a lo que el Señor le pedía, algo semejante fue lo de José. Dios es comunicativo, no es reservado, como se estila lo sean tantos de entre vosotros hoy en día. Confía en José y se confía a José. Lo que le sucede a María es cosa divina, le dice, nacerá un hijo que debe aceptar y reconocer como fruto familiar, y añade la confidencia: desea que su nombre sea Jesús. La palabra decimos que significa salvador, y no seré yo quien lo niegue, pero tal vez os guste más si os digo vocablos equivalentes: rescatador, socorrista.

La paz inundó todo su ser, recibió en el hogar que había preparado a su esposa e intercambiaron experiencias espirituales íntimas, conservando la virginidad. ¿Os imagináis el abrazo y las miradas que se cruzarían, cuando se confiaron que a los dos les había manifestado el Señor, su deseo de que le pusieran a la criatura el mismo nombre?.

De la fiesta de la boda, no nos dice nada el evangelio, pero eso no indica que no le explicaran a su hijo la ilusión con que celebraron ese día. La asistencia a la boda en Caná y las referencias que hace el Maestro en su predicación, indican que sus padres le habían hablado entusiasmados de ello. Por cierto, a vosotros, mis queridos jóvenes lectores ¿os han hablado vuestros padres de su noviazgo y de su boda?

Padre Pedrojosé Ynaraja